



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 374-377

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review / Reseña

Luis Rivas, José. *Ante un cálido norte*. Fondo de Cultura Económica: México DF, 2006.

El vigía en su gavia

Rodolfo Mendoza Rosendo

Universidad Veracruzana

Enhiestos marineros, es noble nuestro sino. Adán no conoció la mar. El primer hombre sobre la tierra nunca se bañó en una playa, nunca contempló el frenético oleaje, nunca emprendió el viaje. Dios dividió la tierra de las aguas después del caos reinante. La Creación fue fundada para el hombre. Su imagen y semejanza con Dios llevaron a Adán a enseñorearse de la tierra, mas no sobre la mar. Aquel hombre genésico no construyó balsas, no pescó, no nadó. Thomas Burnet, en *La teoría de la tierra*—uno de esos textos del siglo XVII que rayaba entre lo científico y lo fantástico—dice que “La faz de la tierra antes del diluvio era suave, regular y uniforme, sin montañas y sin mar”. La mar siempre fue territorio casi abismal para el hombre. La idea de la playa—con su eterna juventud, su

imperante primavera, su paz y quietud—es una creación postrenacentista. Desde antes de las historias homéricas, la mar era siempre colérica, repulsiva incluso. El hombre tuvo que aprender a ver un espejo en la mar, un prodigio absoluto, una de las maneras más puras del placer. Viaje a viaje, y sabiendo cómo sumergirse en ella, el hombre encontró armonía en el líquido elemento, un lenguaje común, una manera de vida. Desde *Odisea* de Homero y *El viaje de los Argonautas* de Apolonio de Rodas hasta Cavafis con su “Ítaca”, Juan Ramón Jiménez con “El mar lejano” o Rafael Alberti con “Del mar”—por mencionar unos pocos ejemplos—, los cantos a la abundancia marítima no han cesado.

El vigía en su gavia sabe que la mar es una amante y un espejo. Ya es un lugar común identificar la poesía de José Luis Rivas (Tuxpan, 1950) con la mar, la playa, el estuario, el río. Sin embargo, ese lugar común es una idea irremplazable en el trabajo poético de este autor. Desde sus primeros libros: *Ecce puer*, *Tierra nativa*, *Relámpago la muerte* y *La balada del capitán*, las claves poéticas de Rivas eran la mar y la naturaleza. Rivas es un poeta de la naturaleza, cierto, pero ante todo es un poeta natural. Lo es en el sentido en que, como un Adán primigenio, señorea sobre las palabras *y lo que en ella(s) hay*; lo es en un sentido “... sin doblez en su modo de proceder”, como nos dice el diccionario. No le es ajeno el viento, los pájaros, la tierra, la lluvia, la mujer. Hay pureza en todos los poemas que componen *Raz de marea. Obra poética (1975-1992)*. La hay también ahora en el nuevo recuento *Ante un cálido norte*, reunión y comunión de los libros: *Luz de mar abierto* (1992), *Estuario* (1996), *Río* (1998), *Por mor del mar* (2002) y una sección de traducciones, “Libro de faros”—donde reúne algunas de sus traducciones de Walcott y Shakespeare. La obra de Rivas continúa en un incesante navegar que a cada libro vislumbra tierras nuevas y se queda a conquistar su heredad, a ser faro de puerto.

¿Soy, yo, también, la sombra de un alcatraz llevado del viento? El rumbo de apreciación que se fundara en el Siglo de las Luces sobre la naturaleza, se incrusta en nuestra conciencia sobre el entorno natural. En *Ante un cálido norte* vemos a un poeta que recorre la idea de “naturaleza” desde la época antigua hasta nuestros días: hasta la poesía que él mismo funda. Aunque en la obra de Rivas ya no vemos esas tempestades

virgilianas, o aquellos galanteos con las ondinas (que llegaran hasta Mörike) o esos juegos de los tritones, sí podemos sentir la herencia de tales tradiciones. Todo es nuevo en la mar de Rivas: la perpetua convulsión de las aguas, la reverberación del sol en ellas, esa perenne fiesta que es la mar—sólo la mar—, se convierten en una novedad que encuentra su originalidad. No esa terrible idea de originalidad decimonónica que enmaraña a los poetas; pues no es original aquel que trata de encontrar su voz, sino quien hace confluir todas las voces en la suya propia. En Rivas la reminiscencia antigua se mezcla con la moderna, la romántica con la barroca, la contemporánea con la popular. Sólo uno de los tópicos marinos está exento en la poesía de Rivas: el horror. Desde el Diluvio la mar ha sido vista como símbolo de destrucción, no así en *Ante un cálido norte*, donde nunca se experimenta temor frente al infinito mar. Muchas son las experiencias y costumbres vividas por el ente poético de este poemario, pero es raro que en la poesía de Rivas la mar siempre sea afable, nunca temible.

El hijo del paraíso es quien más padece. Sólo porque Rafael Alberti ya había escrito el verso “Gimiendo por ver el mar”, si no hubiera sido así, ésta sería una línea perfecta firmada por José Luis Rivas; porque, si bien en su poesía no hay horror en el piélago, sí lo hay por su ausencia.

Sólo destellos en viaje por la arena. Aunque nuestro autor no ha elaborado un diccionario personal como lo acaba de realizar Andrés Trapiello con *El arca de las palabras*, Rivas sí ha puesto en circulación una miríada de palabras que, como destellos en la arena, surgen de ella y vuelven a tener sentido: les ha creado su propia arca para que sean salvadas. Por eso no nos resultan ajenas “barrón”, “giba”, “malaguas”, “rabihorcado”, “rorcual”, “chinchorro”, porque en Rivas la música del océano y su silencio las surten de sentido. Parecerá una analogía fácil situar el ritmo de la poesía de Rivas con la cadencia de la mar; por eso debe leerse “Corsario de dos bajeles”, “Thalassa”, o “La casa de las aguas” para demostrarse que el poeta vuelto naturaleza (como dijimos, el poeta natural) lo es en el sentido de que “imita a la naturaleza con propiedad”, “que se produce por las fuerzas de la naturaleza”, como cita nuestro diccionario real en la entrada “natural”.

Su aliento dentro de otra boca. Traducir es vagar, dejarse ir por otros territorios hasta volverlos propios. José Luis Rivas es uno de los mayores traductores de poesía en lengua española. Él puso en nuestras manos castellanas *Omeros* de Derek Walcott, la poesía completa de su maestro Saint-John Perse, la de Eliot, la de Rimbaud. Ha sido traductor, también, de Reverdy, Tournier, Schehadé, Césaire. En *Ante un cálido norte* se incluyen “Orígenes” y fragmentos del *Omeros* de Walcott y *La violación de Lucrecia* de Shakespeare. La traducción para Rivas es una de las maneras de escribir poesía, de fundarla. El que traduce crea; y bajo ese entendido él ha creado, junto a los autores originales, una serie de libros que son, también, parte de su poética personal.

Las alas se han entregado al segundo. Las artes son fugitivas y permanecen. Necesitan del instante, esa fugacidad que al segundo inmediato ya no es, y sin embargo queda. La poesía es la más fugaz de las artes. Nos pertenece el arte, porque se eterniza en nosotros. Perdura la palabra: su música, su ritmo, su olor y su esencia. En la poesía de José Luis Rivas todo “lo fugitivo permanece” porque queda en nosotros, como ese cálido norte que, sin estar, sigue guardado en la piel.